

ACTUALIDAD DE PLATÓN

La República (*Politeia*) de Platón es una propuesta para la construcción de un Estado ideal. La clave de esa construcción es la educación (*paideia*) orientada por el bien y la justicia. La educación, piensa Platón al igual que nosotros, es condición para el desarrollo de las potencialidades internas del individuo, pero también para las externas. Toda la actividad, dirigida hacia la colectividad, debe ser enseñada según principios, que hagan posible la mejor convivencia. Y todo “saber de sí”, que revierte por necesidad en los otros, emana también de esa *paideia*.

La mejor convivencia es la que respeta el orden divino del mundo. El bien es una idea absoluta que incluye en Platón un orden de lo humano, un orden de la naturaleza y un plan divino. Su conocimiento implica una ascensión a un orden inteligible y racional, que nos libra de la distorsión de las pasiones internamente y nos permite actuar responsablemente hacia los otros. Las emociones y las pasiones deben “dejarse marchitar” en el Estado ideal. Una idea que tuvo gran influencia sobre los estoicos, y que llevaba a un grado extremo de frialdad e insensibilidad conduce al sadismo. Este fue uno de los extremos criticados por Aristóteles, quien no separaba la animalidad en tanto fuente de una sensibilidad moderada de la racionalidad. Y posteriormente lo será más duramente criticado por Nietzsche.

Sin embargo hoy, las teorías políticas parecen recoger esa distancia entre razón y emoción, sea cual sea el modelo que se adopte. Aunque más bien tratando de prevenir apasionamientos justificados contra el poder, que por convicción teórica. De todos modos esa distancia aparece como criterio cuando no como garantía de la recta opinión y de la acción adecuada. En nuestras sociedades estables no dejarse llevar por los sentimientos es fundamental no sólo en el orden y las acciones que incumben a la justicia, sino en toda acción individual que deba decidir sobre los otros. La ecuanimidad, la equidistancia entre los otros son enfriamientos de la pasión, útiles a la prudencia y a la justicia predicada con la boca chica. Pero Platón no propone una comunidad sometida por la opinión de los cínicos, tampoco una comunidad política de adeptos y fieles fervorosos, sino un Estado de ciudadanos ligados entre sí con una cierta *filia*, un cierto *pathos* de baja intensidad. No exhorta ni alimenta un patriotismo o una religiosidad comunitaria visceral. En este sentido, piensa como nosotros: la educación debe templar el ánimo y promover la racionalidad y no el fanatismo.

Platón en su *República* trata de encontrar una vía de acceso a un orden jurídico y político perfecto, procurando extender una formación en los asuntos públicos al estamento llamado a gobernar. Dicha formación de la élite sería necesaria para la consolidación y el funcionamiento del orden político. Pero esta formación, oscilante entre la función legislativa y la ejecutiva, debe estar orientada por un conocimiento racional totalizante. Conocer requiere para Platón elevarse y distanciarse de la realidad actual y sensible para alcanzar una totalidad armónica. El mundo al que se ven abocados nuestros sentidos, nada ve el ojo si no hay antes una comprensión racional de esa realidad. Los hombres encadenados en la caverna creen las ficciones engañosas que ven, porque ven sólo lo que cambia y, entonces, no comprenden. Lo que se comprende, *lo inteligible*, debe ser de una vez por todas, tan eterno como el concepto de esfera que jamás se modificó y nunca sufrirá cambio alguno.

La educación en asuntos de gobierno de la *polis se extiende por un largo camino* para el alma que trata de entender. Exige, para evitar el engaño, no amar otra cosa que la verdad. Pero la verdad es desvelamiento de un orden oculto: un mundo inteligible. Platón en su República muestra ese largo

camino hacia la contemplación *del ser que es: la idea*. Para que el ojo vea, incluyendo lo que se oculta, es necesaria la racionalidad, y para que ella pueda reinar debe disciplinarse el cuerpo.

Pero la disciplina del cuerpo incumbe también al Estado. Se alcanza, en primer lugar, mediante la música y la gimnasia, y con ambas, también la aceptación de la recta opinión. Hay que señalar el esfuerzo que han hecho siempre todos los regímenes surgidos de un liderazgo amante de la disciplina militar por controlar y disciplinar el cuerpo. En cuanto al espíritu es claro que también cabe someterlo mediante mitos y encantamientos (*mythos kai epodai*) como diría Sócrates.

Pero, a decir verdad, Platón propone la instauración de Una opinión (*doxa*) acorde con la verdad (*aletheia*), una opinión sumisa al poder *que se ejerce con razones*. Las artes con su poder de encantamiento pueden enturbiar esa armonía entre la razón que dirige y la creencia que la sigue. Por eso, piensa Platón, aunque no nosotros, la literatura, el teatro, el arte no deben suscitar la crítica, ni la rebelión ni la disensión en el Estado. Es más, que los poetas deben exiliarse de la república.

En un ámbito mucho más restringido que el del relato mítico de los antepasados y las costumbres de un pueblo, saliendo de la masa y cruzando las puertas de la Academia, se encuentra el inicio de una escalera ascendente que conduce a la revelación de los misterios del poder. La matemática constituirá su primer tramo para el filósofo que arriesgue su pensar. Los objetos matemáticos le aguardan como primeras formas inteligibles para la comprensión de lo visible y, más arriba, en el extremo último de lo humano, tocando con los dedos la divinidad, aguardan las ideas, tan sólo ofrecidas a la dialéctica como acceso último a la verdad. El bien se muestra por fin a los elegidos, cuyo pensamiento alcanza la causa de todo y deja iluminado lo que antes eran sombras. Sólo así podrán dirigir y preservar ese orden que es el Estado justo. Conocimiento y poder no siempre han ido unidos. No siempre el poder recurre a élites formadas intelectualmente. La demagogia, el populismo se impone a veces con los tintes de la creencia y el fanatismo. No hay que ir muy lejos para observarlo.

Pero para Platón lo que debe regir es *lo que es*, y el ser por excelencia es el bien. Y si el bien rige deja iluminado con la luz de la razón el camino y no con la del sentimiento, la emoción o la creencia ciega. Ahora bien, lo que es bueno en sí, lo que es justo en sí, no se deja *ver* sino a quienes con su esfuerzo virtuoso alcanzan sus esencias. Y si estos son elegidos, lo son porque eligen el camino racional. Ahora bien, para poder elegir este camino de racionalidad del poder es necesario que el Estado ofrezca tal posibilidad: una escuela de gobernantes filósofos, que comienza con la *paideia* y concluye en la Academia. Así lo entiende Platón cuando en su famosa carta VII afirma:

“...Así, pues, no acabarán los males para los hombres hasta que llegue la raza de los puros y auténticos filósofos al poder o hasta que los jefes de las ciudades, por una especial gracia de la divinidad, se pongan a filosofar. ...” (Carta VII)

Nosotros ya no creemos en una escuela que forme de manera tan absoluta. El imperio de la razón se ha desmoronado en gran parte y las pasiones no sólo se toleran sino que se alimentan en el juego de aceptación del poder. Los gobernantes se muestran gobernados, porque sumidos en la caverna sabemos que hay instancias económicas que hacen más complejo el poder por muy racional que se muestre. Tal vez sea esta la fuente del actual nihilismo. Nadie espera ya la utopía, pues se tocó a rebato y todos andamos con el sálvese quien pueda. Tal vez no la debamos añorar, aunque siempre nos quede esa distancia que instauró Platón, y que Nietzsche denunció como degradante, entre la realidad que vivimos y la que esperamos alcanzar.

En nuestro mundo ya no tiene lugar el rey-filósofo, ese que posee el arte para regir los designios de su comunidad conforme a la idea de Bien. Pero nos queda el resabio de una deuda simbólica que nos lleva al compromiso. Una deuda que Platón alcanzó a plantear en su República:

“... nosotros os hemos formado jefes y reyes, como en las colmenas, en interés de vosotros

mismos y de los demás ciudadanos, y al daros una educación más perfecta y más completa que la de los filósofos extranjeros, os hemos vuelto capaces de unir la filosofía a la política. Por tanto, debéis descender por turno a la morada de vuestros conciudadanos...”

(República)

Por último, decir que la modernidad de Platón no estaría tanto en la República como en *Las Leyes*. Pues si en la *República* parte del problema del poder y trata de resolverlo con la calidad del gobernante que puede encaminar a un Estado ideal, en *Las leyes*, su último diálogo, el problema es cómo legislar para contener la ambición y los desvaríos de aquellos que gobiernan un Estado. Así pues, *Las leyes* nos aproximarían filosóficamente a nuestra visión actual de la política, mientras que los idealismos extremos del s. XX se aproximaron más a la visión radical de la República, por cuanto pretendían alcanzar un Estado utópico.

El contrapunto a la propuesta platónica lo pone Trasímaco en la República. Es tal vez el personaje más moderno de todos los diálogos de Platón. Un descreído que defiende con actitud cínica una premisa que se muestra cada vez más verdadera: la justicia no es otra cosa que aquel orden que ponen los fuertes para someter a quienes no han podido ganarles en fuerza y ambición. La ética no tiene más sentido que el consuelo de los mansos y los débiles como planteará Nietzsche. Pero con ello, damos alas a los dictadores y los plutócratas. Trasímaco, como plantea Blackburn, bien podía resucitar como un neoliberal azuzando a los brókeres y yupis de moda.